

ESPIRITUALIDAD IGNACIANA Y TEOLOGÍA

Bernard Sesboüé, SJ

Profesor emérito

Teología fundamental y dogmática

Centro Sevrès,

París, Francia

Existe ciertamente una manera ignaciana de hacer teología. No es sin duda la única, y otras familias espirituales pueden inspirar otros “modos de proceder”. Yo quisiera evocar aquí la manera espiritual que me parece basada en San Ignacio e ilustrada por algunos teólogos jesuitas del siglo XX.

Ignacio de Loyola y la Teología

San Ignacio no fue teólogo de profesión. Fue incluso estudiante tardío. Pero tomó en serio su formación teológica en París porque tenía la convicción de que no podía “ayudar a las almas” si no cursaba los estudios necesarios. Hizo sus estudios en tiempos agitados y en el contexto de la Reforma naciente de París.¹ Ignacio y sus compañeros se sitúan en la tendencia moderada que buscaba conciliar la aspiración a una fe más interior y personal y la autoridad doctrinal de la Iglesia. Están abiertos a los progresos del Renacimiento, son favorables al estudio de las “tres lenguas”, hebreo, griego y latín. Pero quieren guardar la referencia clásica a la teología escolástica en sus mejores representantes. Ignacio es muy vigilante en lo que concierne a la ortodoxia y al “sentir con la Iglesia”, pero al mismo tiempo aconseja a su compañero Bobadilla asociar la teología positiva a la teología escolástica, lo cual implica el estudio de las lenguas. Volvemos a encontrar

en su actitud, a la vez tradicional y abierta a las nuevas corrientes, el sentido del discernimiento que legó a la Compañía. Más tarde introducirá este mismo equilibrio en las Reglas “para sentir con la Iglesia”:

Alabar la doctrina positiva y escolástica, porque, así como es propio de los doctores positivos, así como San Jerónimo, San Agustín y de San Gregorio, etc., el mover los afectos para en todo amar y servir a Dios nuestro Señor; así es más propio de los escolásticos, así como Santo Tomás, San Buenaventura y del Maestro de las Sentencias, etc., el definir o declarar para nuestros tiempos de las cosas necesarias a la salud eterna, y para más impugnar y declarar todos errores y todas falacias. Porque los doctores escolásticos, como sean más modernos, no solamente se aprovechan de la verdadera inteligencia de la Sagrada Escritura y de los positivos y santos doctores, mas aun, siendo ellos iluminados y esclarecidos de la virtud divina, se ayudan de los concilios, cánones y constituciones de nuestra santa madre Iglesia.²

Este texto encubre una pequeña paradoja, puesto que los que presenta como “modernos” son de hecho maestros escolásticos ya antiguos, mientras que los “doctores positivos”, más antiguos sin duda, son en su

*Ignacio y sus compañeros
se sitúan en la tendencia
moderada que buscaba
conciliar la aspiración a una fe
más interior y personal y la
autoridad doctrinal de la Iglesia*

época los que tienen el viento en popa y requieren el estudio de las lenguas. La escolástica era objeto de críticas y el retorno a los textos antiguos volvía a valorar la enseñanza de los Padres de la Iglesia. Ignacio no opone la teología escolástica y la positiva, sino que observa una postura igualmente benévola para los

dos métodos y sus respectivos contenidos. En los Padres ve los grandes testigos de una teología espiritual capaz de llegar al corazón. Pero sabe que no vuelve atrás y que la teología debe seguir viva y adaptada a “nuestra

época”. Por eso cree necesaria una teología que sepa argumentar, definir y explicar, y por lo mismo conservar su puesto en los debates contemporáneos. Se hace el apóstol de una teología viviente que sabe afrontar las cuestiones nuevas. En estas pocas líneas hay toda una indicación para una vía teológica equilibrada.

Su proyecto fundador fue en efecto dotar a la Iglesia de clérigos reformados e instruidos. Los primeros compañeros estaban orgullosos de su título de “teólogos de París”. Más tarde Ignacio aconsejará París como el lugar donde mejor poder hacer los estudios. Sobre la doble base de su convicción y de su experiencia, hará un viraje decisivo para el futuro fundando colegios y dando a la Compañía una orientación que privilegiará el apostolado educativo. La manera de enseñar de los jesuitas seguirá la de “la Academia de los parisienses”. Estas orientaciones fundacionales se codificarán más tarde en la *Ratio Studiorum* de 1599. Se optará por una teología apostólica y misionera, tradicional y abierta, pero siempre espiritual.

***De Léonce de Grandmaison y Pierre Rousselot
a sus discípulos Henri de Lubac e Yves de Montcheuil***

Pasemos revista a algunas grandes figuras del siglo XX. Al principio de este siglo se imponen dos personalidades: Léonce de Grandmaison y Pierre Rousselot. En el plano teológico el P. Léonce de Grandmaison (1868-1927) es la ilustración misma de un *crístocentrismo* salido directamente de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio. Siendo jovencísimo religioso, había recibido de su profesor P. Longhay un testamento espiritual que es una de las claves de su obra. He aquí algunos extractos particularmente significativos:

En cuanto al fondo de las cosas y los temas a estudiar, ante todo, dejad hacer a la Compañía, luego obrad de acuerdo con ella, los ojos dirigidos siempre al objeto supremo que es Jesucristo. Allí está el todo de todo, lo sabéis antes de oírmelo decir, y mi lección preferida ha caído en una tierra ya sembrada y fecunda. Esta lección se la repetiréis a otros: pero sobre todo, la llevaréis a cabo en vos mismo. Si este testamento tuviera – que no lo tiene – fuerza obligatoria, yo os mandaría una cosa, una sola cosa: buscar en todo objeto de estudio a Jesucristo, el

medio más directo pero siempre existente de hacer de todo conocimiento adquirido un testimonio a favor de Jesucristo. Todo lo demás es curiosidad más o menos vana, porque es más o menos incompleta o reciclada. Y si Dios os da todavía cuarenta o cincuenta años de vigor intelectual, nunca será demasiado poco para estudiar a Jesucristo mismo y la relación de todas las cosas, divinas y humanas, con Jesucristo.

[...] Este es mi segundo deseo, mi deseo supremo. Amad a Jesucristo, mi hermano Léonce; id apasionándoos cada día más de su adorable persona hasta el último suspiro. Estudiad, escrutad, hojead, desplegad sin descanso para vos mismo y para otros sus insondables riquezas; miradlo obstinadamente hasta sabéroslo de memoria; mejor aún, hasta asimilaros a él, absorberos en él. Que él sea de veras y siempre más y más el centro de vuestros pensamientos, el nudo de vuestros conocimientos, el tema práctico de vuestros estudios, sean los que sean. Haced de él el objeto moralmente único, el argumento soberano, el arma triunfal de vuestro apostolado. Profesor, predicador, escritor, misionero, ¿qué sé yo? ... tened, si Dios quiere, y para sola su gloria, un renombre amplio y noble: pero oscuro o célebre, ocupado en los más grandes ministerios o en los más humildes, que al menos seáis conocido en vuestra esfera de acción como el hombre lleno y poseído de Jesucristo, como el hombre que oportuna e importunamente – si ello fuera posible – habla sin descanso de Jesucristo y lo hace de la abundancia del corazón.³

[...] Jesucristo meditado, Jesucristo conocido, Jesucristo amado con pasión siempre creciente y consecuente consigo misma: ahí está todo para vos [...]

Este apasionado texto fue manifiestamente una fuente de inspiración para el autor del gran libro sobre *Jesucristo*. Grandmaison fue profesor de Teología Fundamental en Fourvière y luego en el exilio en Inglaterra en plena crisis modernista. En esta crisis rehusó entrar en las polémicas que pululaban por todos lados. Se contentaba con un análisis sobrio y veraz de lo que en el fondo estaba en juego. Alfred Loisy decía que era el único con el que hubiera aceptado discutir porque era “bien educado”. Contribuyó a la renovación de la apologética igual que su hermano menor

el P. Jules Lebreton (1873-1956), profesor del Instituto Católico de París y autor de la *Historia del dogma de la Trinidad*. El uno y el otro se distinguen por sus obras sobre la persona y doctrina de Jesucristo. Grandmaison fue además el fundador en 1910 de la revista *Recherches de Science religieuse*. No escogió, de propósito, el término teología, con la idea de poner en el mercado intelectual una revista auténticamente científica y capaz de tratar de los problemas religiosos más allá aún de la teología cristiana. Tenía la intención de entablar diálogo con universitarios y de abrir su revista a una preocupación positiva sobre las otras religiones. Queda como testigo de una espiritualidad muy “crística”, de una teología abierta a la modernidad científica e histórica. ¿No es la trasposición de las intenciones de Ignacio en el siglo XVI?

El P. Pierre Rousselot (1878-1915), muerto prematuramente en los combates de la primera guerra mundial, trató de renovar el estudio de Santo Tomás y tenía la intención de lanzarse a un gran trabajo sobre la teología del amor. Se hizo célebre por sus artículos sobre los “ojos de la fe” que renovaban la apologética mostrando que el mismo acto de fe da ojos para ver. Fue el maestro del P. Joseph Huby, que a su vez será el exponente de la siguiente generación, es decir, de Henri de Lubac e Yves de Montcheuil. Estos dos se refieren sin cesar a Rousselot en su correspondencia y se preguntan lo que de algunos puntos piensa “el Padre Léonce”.

[Ignacio] se hace el apóstol de una teología viviente que sabe afrontar las cuestiones nuevas

El puesto, función e itinerario de Henri de Lubac en la teología del siglo XX son ampliamente conocidos. Él mismo fue heredero antes de hacerse maestro. Yves de Montcheuil, cuatro años más joven que Henri de Lubac y gran amigo suyo, dará el mismo ejemplo de una teología que sabía ser especulativa y rigurosa y al mismo tiempo empeñada en el servicio del Reino. Firmó este compromiso con su muerte puesto que fue fusilado en Grenoble el 12 de agosto de 1944 por haber querido responder al llamamiento de sus antiguos discípulos y estar “con ellos” en el maquis de Vercors. En su breve carrera supo adelantar varios puntos delicados de la teología en la línea que culminaría en el Vaticano II⁴. Al mismo tiempo fue un auténtico “maestro espiritual”, ayudando a muchos estudiantes a ejercitar en la fe los discernimientos más radicales que les presentaba la ocupación

alemana de Francia. Su libro póstumo, *Problèmes de vie spirituelle*, fue una especie de breviario para toda una generación de estudiantes, seminaristas, religiosos y religiosas. Yves de Montcheuil guardó toda su vida la coherencia más límpida entre su decir y su hacer.

***La teología de los Ejercicios de Erich Przywara y Hugo Rahner
a Gaston Fessard***

Vengamos a los mediados del siglo. Es el momento de evocar rápidamente la gran figura del P. Teilhard de Chardin. Murió el día de Pascua de 1955. Su obra pertenece, pues, a la primera mitad del siglo XX, pero no se publicó sino después de su muerte. Por lo mismo su influjo ha sido sensiblemente mayor en los años siguientes, en la Compañía de Jesús y fuera de ella. Sus intuiciones teológicas ciertamente seducían, pero su personalidad espiritual está también expresada en *Le Milieu divin* y en su correspondencia.

Desde esta misma época los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio han sido objeto no sólo de comentarios espirituales, sino más aún de análisis e interpretaciones teológicas. El primero en lanzarse fue el jesuita alemán Erich Przywara (1889-1972), filósofo y teólogo de alto vuelo, que desde

1928 publicaba una teología de los *Ejercicios Espirituales* en tres tomos. Más tarde, Hugo Rahner (1900-1968), hermano mayor de Karl, estudiará la génesis de los mismos *Ejercicios* y subrayará el cristocentrismo de su teología.⁵ Ignacio se inscribe en la perspectiva franciscana que, a la luz del

*siguiendo a Ignacio,
Rahner ha elegido seguir
a Jesús pobre y humilde*

himno de *Efesios* 1, afirma que Cristo está en el centro del designio de Dios sobre el hombre. El plan de Dios, tal como él nos lo ha revelado en la Escritura, da un puesto central a Cristo, Verbo encarnado, presente desde antes de la creación del mundo en la intención creadora. Cristo, pues, ha venido no sólo para librarnos del pecado, sino también para establecer la comunicación perfecta entre Dios y la humanidad, es decir para realizar nuestra divinización.

Del lado francés hay que señalar la obra del Padre Gaston Fessard y su *Dialectique des Exercices spirituels*, obra escrita en los años 30 y publicada en 1956. Después de la muerte del autor se han editado muchos complementos de esta obra. Es a la vez un libro espiritual, filosófico y teológico. Por su lado, en 1954 el P. Maurice Giuliani lanza la revista *Christus*, de espiritualidad ignaciana y reflexión teológica.

Karl Rahner y Hans Urs von Balthasar

No es exagerado decir que el pensamiento más especulativo de Karl Rahner es la tematización teológica de la experiencia espiritual del encuentro con Dios tal como lo propone Ignacio. El teólogo confiaba al final de su vida que la espiritualidad ignaciana tuvo en él más efecto que la filosofía y la teología de su época de formación. Esto se encuentra claramente expresado en *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*,⁶ donde Rahner hace hablar a un Ignacio que se le parece pero que no está nada desnaturalizado. La experiencia inmediata de Dios, repetida hasta la saciedad en estas páginas, es una de las fuentes de la reflexión sobre la experiencia trascendental:

Cuando afirmo haber tenido una experiencia inmediata de Dios, no siento la necesidad de apoyar esta aseveración en una disertación teológica sobre la esencia de dicha experiencia. [...] Lo único que digo es que experimenté a Dios, al innombrable e insondable, al silencioso y sin embargo cercano, en la tridimensionalidad de su donación a mí. Experimenté a Dios, también y sobre todo, más allá de toda imaginación plástica. A Él, que, cuando por su propia iniciativa se aproxima por la gracia, no puede ser confundido con ninguna otra cosa.⁷

Estas repeticiones expresan la incapacidad de las palabras para decir otra cosa que la cosa misma. Rahner piensa en los textos en que Ignacio habla del Creador y Señor que abraza a su criatura en su amor y alabanza. Es en el santuario del “polo originario de su conciencia” donde Ignacio pudo hacer una experiencia tan fuerte de Dios y de la gracia. Consideraba

sus escritos espirituales como la mejor manera de dar a entender su teología, en particular el texto titulado “Logique de la connaissance existentielle chez Ignace de Loyola”,⁸ es decir de la experiencia “auténtica, original de Dios”, que precede a la verbalización teológica y jamás puede ser totalmente alcanzada por el lenguaje. Estamos en el corazón de lo que él llama “la experiencia trascendental”. Con el mismo espíritu, Rahner se ha entregado a un largo análisis de la “consolación sin causa”. Pasa espontáneamente de esta consolación sin causa a la experiencia trascendental.

Todo esto queda íntimamente ligado a la “devoción a Jesús”, propuesta en los *Ejercicios* para la contemplación del ejercitante. Siguiendo a Ignacio, Rahner ha elegido seguir a Jesús pobre y humilde. Aun escribió un librito espiritual traducido bajo el título *Aimer Jésus*:

*En verdad, como veis, hay que decirlo con todo: nada se puede hacer con Jesús a menos que le saltemos al cuello, que caigamos en la cuenta, en lo profundo de nuestra propia existencia, de que algo como esto es posible aun hoy.*⁹

Hans Urs von Baltasar fue el gran amigo de Karl Rahner cuando eran jóvenes. Sus itinerarios se separaron y se permitieron pequeñas polémicas teológicas. Por lo que nos ocupa, Baltasar es igualmente el ejemplo de un teólogo heredero de San Ignacio, de quien siempre dijo que la espiritualidad de este último constituía su patria espiritual.

Traducción: Ignacio M. Echániz, S.J.

¹ Cf. Ph. Lécrivain, *Paris au temps d'Ignace de Loyola (1528-1535)*, Ed. Facultés jésuites de Paris, 2006, p.141-166.

² Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales* [363]

³ En J. Lebreton, *Le Père Léonce de Grandmaison*, Beauchesne, París, 1932, p.39-42.

⁴ cf. B. Sesboué, Yves de Montcheuil (1900-1944), précurseur en théologie, cerf, Paris, 2006

⁵ H. Rahner, *La genes des Exercices*, DDB/Bellarmin, 1989

⁶ Karl Rahner, *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*, Sal Terrae, (sin año).

⁷ *Ibid.*, p.4.

⁸ Traducido en *Eléments dynamiques dans l'Eglise*, DDB, París, 1967, p. 75-133.

⁹ K. Rahner, *Aimer Jésus*, Desclée, París, 1985, p. 38.